

La Sombra Siniestra de los Caballeros Teutones

Yo comprendo que los políticos, e incluso muchos historiadores, se nieguen a aceptar la realidad de que unos acontecimientos, a veces remotos, sigan influyendo a través de los siglos sobre hechos que tienen lugar aquí y ahora. Lo comprendo, porque resulta duro reconocer las coordenadas de un (mal) llamado determinismo que, en cierta manera, puede estar actuando soterradamente, desde la ya lejana y vetusta edad media —pongo por caso y ejemplo— sobre nuestras más inmediatas realidades políticas, sociales o religiosas..

Sin embargo, cuando los acontecimientos se encadenan y llegan a dar razón a sinrazones aparentes, no hay más remedio que recomponer realidades olvidadas y comprobar que esos eslabones que suponía-

mos desperdigados conectan con unos hechos del pasado que ostentan hombres distintos a los que oficialmente se les ha dado.

Si repasamos la historia polaca desde los viejos tiempos del emperador Federico II, veremos que esa tierra que todo el mundo ha dado en llamar, como un estribillo, "la católica Polonia", ha sido, en realidad, víctima perenne —lo mismo que la otra "tradicionalmente católica, la nuestra—del poder omnímoto de los grandes grupos de presión de filiación católica: los caballeros teutónicos primero, los padres jesuitas después. Unos y otros, cada uno en su momento, se encargaron de convertir la tierra polaca en feudo personal de poderes, al

alimón, beatíficos y pecuniaríos. Los teutónicos llegaron primero, confundiendo indiscriminadamente la conversión de los pueblos paganos del Báltico con el mesiánico pangermanismo de sus ideales heliocráticos. Trescientos años después, los jesuitas organizaron un estado contrarreformista en el que el palo y tentetieo aparecía —como es corriente en estos casos de actuación violenta del brazo secular— en manos del Zygmunt Vasa y sus sucesores. Polonia, como todo pueblo que se precie, trató de aceptar la catolicidad impuesta y, casi de acuerdo con sus evangelizadores, la asumió, convirtiendo el hecho religioso en una cuestión de idiosincrasia racial. Así, como en tantas otras tierras —la nuestra incluida— se llamó cristiano a cuanto se adoraba y bastó con vestir de sayal a las arcanas fuerzas télúricas para hacerlas nuevamente aptas al culto popular. La simbiosis era perfecta y el cristianismo, una simple transferencia obligada para acatar el poder omnímoto de las autoridades eclesiásticas.

Si saltamos ahora por encima del tiempo y no nos limitamos a ver, sino que miramos con atención las imágenes y las noticias que nos llegan en torno a los conflictos laborales polacos, nos daremos cuenta de que por encima de las opciones de opinión que nos sirven las agencias (debidamente conducidas), subsisten una serie de detalles que conforman, aunque nos son sistemáticamente escamoteados, la esencia profunda del conflicto y sólo reclaman que se estudie su porqué.

Cabría preguntarse, en primer lugar, si es una pura coincidencia casual que el estallido del movimiento sindicalista Solidaridad se haya producido al mismo tiempo que la proclamación de un papa polaco y a los pocos meses de la visita oficial de Juan Pablo II a su patria, en calidad de representante máximo de esa misma iglesia que, prácticamente, movió los hilos de la política Polonia hasta los acuerdos de Yalta.

Cabría igualmente insistir en empeño enfermizo de mostrar a Lech Walesa una y otra vez saliendo de misa, charlando con el cardenal Vichinsky. O preguntarse el porqué de un viaje italiano cuya exclusiva finalidad parecía ser la entrevista con el papa Wojtyla.

Tanta sotana, tanto capelo, tanto cirio, tanta cruz y tanto incienso hacen sospechar —y San Sergio me confunda— que en Polonia no se están solventando problemas de libertad sindical o, al menos, que no se está tratando de resolver sólo eso, sino algo mucho más profundo, más grave, más peligroso para el contexto político del mundo entero. Polonia está siendo reconquistada, desde dentro, por el mismo grupo de presión que la tuvo secularmente dominada. Con el agravante, en esa lucha soterrada, de que la promoción inicial de todo el movimiento proviene de una figura que —no tan casualmente— ostenta a la vez la nacionalidad Polaca y el más alto cargo de una organización que, de hecho, forma parte activa del movimiento occidental de las grandes empresas multinacionales.

Juan G. Atienza.